

rido, y á cada paso le denomina *esposo*, de modo que, al tomar esta palabra en todo su rigor, resultaría que San José no llegó á casarse con la Virgen (1), que no llegó á cumplir lo que le mandó el Angel, y que no llegaron á contraer matrimonio sino que vivieron juntos toda su vida con meros esponsales. Pero ¿cabía esto en las costumbres de los Israelitas?

¿Podía en ese caso Jesucristo pasar por hijo de San José?  
 ¿Cómo no acusaron de incesto los vecinos y los parientes á la Virgen María si la vieron embarazada siendo novia ó prometida con meros esponsales, y no casada con solemnes bodas y con un pariente suyo? Estas se hacían con gran aparato, ostentación y solemnidad. Los esponsales apenas tenían ninguna, como sucede ahora. Nadie podía confundir en Nazareth á los novios ó desposados con los que ya eran maridos ó casados; ¿qué opinion formarían de aquellos desposados al ver el embarazo de la Virgen?

¿La Virgen purísima, la Madre del Salyador, venía á ser objeto de escándalo en el pueblo y de inmoralidad para muchos! José, el varon prudente, honrado y justo, un hombre adocenado, incestuoso y criminal. Los ancianos del pueblo tenían obligacion de denunciarlos y los vecinos el deber de matarlos á podras: esa era la Ley; ¿cómo no los apedrearán (2)?

Y ello es que la Iglesia, que considera á San José como marido de la Virgen, y que á cada paso le llama *esposo*, presenta en las lecciones del rezo un pasaje de San Jerónimo, en que este Santo suponiéndola casada, con todo eso la llama desposada, al comentar las palabras de San Mateo (3). «¿Por qué Jesus es concebido no de una virgen sencilla (*de simplici virgine*), sino de una desposada?»

Primero: para mostrar el origen de María por el de Josef.

Segundo: para que no la apedrearán los judíos como adúltera.

Tercero: para que tuviese compañía al huir á Egipto.

El mártir San Ignacio añadió otro cuarto motivo, para que naciese de mujer desposada, á saber: «para que el parto misterioso quedase oculto al diablo, creyendo éste que nacía de una casada, no de una virgen.»

(1) En el Oficio del día de San José (19 de Marzo) dice el Breviario romano «*In festo San Josephi sponsi B. M. V.*» El himno de Maitines:

*«Te sator rerum, statuit pudica  
 Virginis sponsum, voluitque Verbi  
 Te patrem dici.....»*

La oracion:

*«Sanctissimae Genitricis tuae Sponsi quaesumus, Domine, meritis adjuvemur.....»*

En castellano decimos tambien á cada paso:

«San José, Esposo de la Virgen. Los desposorios de San José.»

(2) Capítulos 17, 18, 19 y 20 del Levítico.

(3) Lección sétima de los Maitines del 19 de Marzo, tomada del capítulo primero, libro primero de los Comentarios de San Jerónimo sobre el capítulo primero de San Mateo.

*«Quare non de simplici Virgine sed de desponsata concipitur? Primum, ut per generationem Joseph origo Mariae monstraretur: secundum ne lapidaretur ab Judaeis ut adúltera: tertio ut in Aegyptum fugiens haberet solatium..... Martyr Ignatius etiam quartam addidit causam, cur á desponsata conceptus sit. Ut partus, inquit, ejus celaretur diabolo, dum Eum putat non de virgine sed de Uxore natum.»* Aquí se llama *uxor* y antes *desponsata*.

Las palabras de *simplici virgine* no pueden traducirse Virgen sencilla, pues la sencillez y santa simplicidad no la perdió jamás, sino que significan que no era meramente una doncella cualquiera.

Por lo demás, el casamiento de la Virgen con San José fué un verdadero matrimonio, aunque contraído con propósito de conservar la virginidad. El primero y principal fin de esa altísima institucion es el mutuo auxilio de los cónyuges, que nunca debe ni puede faltar entre los casados, aunque sean estériles y ancianos (1), y aunque no se cumpla el fin de la propagacion del linaje humano, que es principalísimo pero segundo respecto de aquél. Antes dijo Dios que no estaba bien el hombre solo y le declaró sér esencialmente sociable (2), mandándole multiplicarse despues de creada ya la mujer. Cumplíase, pues, en este santo matrimonio con el primero y principal fin del mutuo auxilio, como se cumplió en otros santos matrimonios en que á imitacion de éste han vivido algunos santos casados en perpetua continencia y aun conservando su virginidad como San José y la Virgen, sin que la Iglesia lo vituperase y antes bien con aplauso de ella (3).

## XIX.

### LA VISITA A SANTA ISABEL.

*Por aquellos días se levantó María y marchó de prisa á la montaña (4).*

Siguiendo San Lucas, el biógrafo de la Virgen, la narracion del nacimiento del Precursor de Cristo, San Juan Bautista, con el de Jesus su primo, y el parto prodigioso de Santa Isabel con el milagroso de María, da noticia del viaje de ésta desde Nazareth á las montañas de Judea para visitar á la anciana esposa de Zacarias, sus parientes y probablemente protectores durante su orfandad. Ocurrió este viaje pocos dias despues de la Anunciacion. La narracion del texto sagrado dice así:

«Levantóse, pues, María pocos dias despues de la Anunciacion (5) y echó á andar

(1) Los teólogos, y con ellos el P. Perron, prueban que el casamiento de la Virgen fué verdadero matrimonio; pero sentando como asienta éste que el fin de la procreacion es el primero y principal, no satisfacen completamente algunas de las soluciones. Por el contrario, admitido como primero el del mutuo auxilio, las soluciones son mas fáciles en el terreno del Derecho canónico y de la Teología moral, y varios argumentos caen por su base. Sobre la razon indicada de prioridad, segun la narracion del Génesis, está la autoridad importantísima del Catecismo de San Pio V, que pone por fines del matrimonio antes el mutuo auxilio que la procreacion.

(2) Primero dice el Génesis: «*Non est bonum hominem esse solum: faciamus ei adiutorium simile sibi.*» Luego más adelante: «*Crescite et multiplicamini.....*»

(3) Tal fué entre otros, el matrimonio de San Eduardo de Inglaterra con Santa Edít. La leccion segunda del rezo de San Eduardo (día 13 de octubre), dice: «*constans est assertio scriptorum cum virgini sponsa virginitatem in matrimonio servasse.*»

(4) *Exurgens autem Maria in diebus illis abiit in montana cum festinatione.....*

(5) La fiesta de la Anunciacion la pone la Iglesia el día 25 de Marzo. Tres meses despues pone el nacimiento de San Juan Bautista el día 24 de Junio, consiguiente con lo que dice el

hacia las montañas con presteza, para llegar á la ciudad de Judá donde moraban sus parientes. Y entrando en casa de Zacarías saludó á Elisabeth; mas esta, así que oyó el saludo de María, sintió al niño que llevaba en su vientre regocijarse á su modo, y alumbrada con superiores y abundantes luces del Espíritu Santo, exclamó en alta voz diciendo:—«Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre. Y ¿de dónde me viene á mí tanto favor que la Madre de mi Señor se digne venir á verme? Pues ello es, que en cuanto ha llegado á mis oídos tu voz, al saludarme, la criatura que llevo en mi seno ha saltado de alegría. ¡Dichosa tú por cierto que al punto creiste, pues lo que se te anunció de parte de Dios lo has de ver enteramente cumplido!»

Estas palabras parecen aludir á la pronta sumision y gran fe de la Virgen María en el acto de la Anunciacion del Arcángel, las cuales se contraponen á la incredulidad de San Zacarías, por la cual estaba castigado todavía sin poder hablar.

La preñez de María no era aún conocida. Quizá apenas llevaba una semana de embarazo: el mismo San José lo ignoraba, y es muy dudoso que la acompañara en aquel viaje. El Evangelio no le nombra. Si acompañó á su tierna esposa, debió saber desde aquel momento que su mujer estaba en cinta. Santa Isabel lo dice en alta voz: *¡Bendito es el fruto de tu vientre!* Dice tambien que aquello es milagroso, que va á ser Madre del Señor, de aquel Señor de quien habia dicho David que tambien le reconocia por su Dueño, y que el Eterno Padre le mandará sentarse á su diestra (1), y que hay un gran misterio que se le ha anunciado á María y que es revelado en aquel momento á su Santa prima, la cual, no solamente es inspirada del Espíritu Santo, sino que recibe la revelacion de un modo tan abundante que se ve llena, henchida de tan gran favor, *repleta*, como dice el sagrado texto.

Y entonces, ¿cómo se explican los celos del casto Esposo? ¿A qué viene un Angel á explicarle en sueños lo que ya le ha dicho Santa Isabel en alta voz, con gritos y exclamaciones (*exclamavit voce magna*)? Parece, pues, muy probable que San José no acompañó á su joven Esposa (2). Quizá la acompañó hasta Jerusalem á donde iria en las fiestas de la Pascua, aprovechando los benignos dias de la primavera, y para cumplir con aquel deber de que no se dispensaban los Israelitas piadosos, y que les veremos cumplir más adelante cuando Jesus se les perdió en el

Evangelio de haber estado la Virgen como unos tres meses (*quasi mensibus tribus*), con lo cual indica que no fueron tres meses completos, pues hay que descontar los dias que tardó en el viaje.

El Angel habia dicho á María que su prima habia entrado ya en el sexto mes: *hic mensis sextus est illi.*

(1) «*Dixit Dominus Domino meo: sede á dextris meis.*» (Salmo 109, ver. 1.) El mismo Jesucristo arguye á los judíos con este pasaje de David. «*David ergo Dominum illum vocat: et quomodo filius ejus est?*» (San Lucas, cap. 20, vers. 44; tambien San Mateo, cap. 22, vers. 43.)

Aunque Benedicto XIV reprochó el pintar al Espíritu Santo en figura humana, por no ser esto costumbre, con todo, algunas veces se habia hecho. En la Catedral de Mallorca hay un cuadro muy antiguo en que se ve al Eterno Padre entre el Hijo á la derecha y el Espíritu Santo á la izquierda, y éste en forma de joven de rostro rutilante con la paloma en la mano. Tambien Santa Teresa hizo pintar un cuadro en esta forma. Pero estas excepciones raras, nada prueban contra la general costumbre mandada observar muy justamente por aquel sabio Pontífice.

(2) Es cierto que los pintores generalmente han representado á San José al lado de la Virgen al visitar ésta á su Santa prima, pero esto no parece probable por las razones indicadas.

La Venerable Madre de Agreda dice que acompañó San José á la Virgen, pero que se volvió á Nazareth á los tres dias. En tal caso habia que explicar cómo no oyó lo que dijo Santa Isabel «bendito el fruto de tu vientre», lo cual dijo en alta voz: «*Exclamavit voce magna.*»

templo (1). Tres dias tardaria San José en llegar desde Nazareth á Jerusalem. Cumplidos los deberes religiosos de la Pascua, San José regresaria á Nazareth, y la Virgen, en compañía de algunos parientes sacerdotes y piadosas mujeres de la misma raza sacerdotal de Aaron y Abdías, que regresaban á la ciudad de Ain, dos leguas al sur de Jerusalem, haria el corto viaje desde esta ciudad á la montaña donde está aquel pueblo. Pudo dispensarse Santa Isabel de hacer aquel viaje por razon de su embarazo, mas no se dispensaria San Zacarías por estar mudo.

La casa de San Zacarías, que la tradicion designa como tal (2), está á corta distancia del pueblecito de Ain, ó sea de San Juan, en el fondo de un valle ameno, al cual fecunda la copiosa fuente llamada de Neftoa en tiempo de Josué, y ahora de *la Virgen*, por la tradicion local de que allí solia ésta ir algunas veces á tomar agua, ó solazarse en altas contemplaciones al dulce murmullo de sus cristalinas ondas (4), recreo principal y casi único de aquella, que siendo perfectísima estaba de continuo en la presencia de Dios, y tenia por descanso el abismarse aún mas en el amor de Aquel que es el único sér verdaderamente amable.

La Iglesia Santa ha dedicado una de sus festividades á este suceso misterioso y le pone tambien como el segundo de los que dedica al culto de la Virgen en la preciosa devocion del Santo Rosario. Tiene lugar esta festividad de la Virgen el dia 2 de Julio. Parece que más bien debieran haberse destinado para ella los primeros dias de Abril en que debió verificarse, pues poniendo la Anunciacion en el dia 25 de Marzo y calculando cinco dias para ir de Nazareth á Jerusalem y de allí al pueblecito de Ain, pues fué con presteza, resulta que el acontecimiento de la visita debió tener lugar en los primeros dias del mes siguiente. Pero la Santa Iglesia en el órden de su liturgia destina los meses de Abril y Mayo al recuerdo de los misterios de la Resurreccion, Ascension y Pentecóstes, Trinidad Santísima, festividad del Santísimo Sacramento públicamente venerado, ya que la institucion de Él corresponde á la del Jueves Santo, que precede á todas.

Y si la Anunciacion fué el dia 25 de Marzo y el Nacimiento de San Juan Bautista le pone á los tres meses cabales, en 24 de Junio, la festividad de la Visitacion siete dias despues, parece diferida á los últimos dias que pasó la Virgen Santísima en compañía de su prima, y despues de su alumbramiento y de haber recordado el habla San Zacarías.

(1) La fiesta de la Anunciacion coincide con la celebracion de la Pascua, que tenia lugar el dia 14 de la luna de Marzo. Pudo tener lugar aquel misterio poco ántes de bajar á Jerusalem San José y su esposa á celebrar los ázimos, pues el dia 25 lo tomó la Iglesia para aquella fiesta, probablemente por aproximacion, no por fecha cierta y precisa.

(2) La tradicion ha conservado la noticia de la casa de San Zacarías donde nació el Bautista. Siendo este suceso muy conocido por todo aquel país y habiendo gozado el Santo Precursor de gran celebracion y prestigio durante su vida, hasta llegar sus compatriotas á creerle el Mesías, no era fácil que se perdiera la tradicion de su patria y de la casa nativa. Santa Elena hizo construir una iglesia en aquel paraje, y los árabes y musulmanes, que honran la memoria de San Juan Bautista, miraron y miran todavía con respeto las cosas que á éste se refieren.

Con todo, la iglesia edificada por Santa Elena en la casa de Zacarías ya no existe. El sepulcro de San Juan Bautista, muy venerado en Damasco, está en una iglesia que Abdel-Meleck quitó á los cristianos, los cuales no se la quisieron vender, segun refiere Herbelot en el tomo segundo de la Biblioteca oriental.

(3) La descripcion de aquel territorio se halla en el capítulo 15, vers. 8, 9 y 10 del *Libro de Josué* al hacer la descripcion de la Palestina y la reparticion de su territorio.

«*In summitate montis Raphaim ad aquilonem. Pertransitque á vertice montis usque ad fontem aque Nephthoi, et pervenit usque ad vicus montis Ephrom.*»

Con todo, la Iglesia en esta festividad explica más bien las palabras de Santa Isabel y el júbilo precoz del Bautista, que las palabras y actitud de la Virgen. Los comentarios del primer nocturno están tomados del libro de los Cánticos excelentísimos de Salomón, los del segundo de San Juan Crisóstomo y los del tercero de San Ambrosio.

¡Qué magníficamente apropiada está la lección primera de aquel rezo! ¡Cuántos la habrán leído sin comprenderla, quizá sin ver la sublime oportunidad con que la Iglesia la coloca allí, y la pindárica poesía que respira, si es que no se rebaja la sublime inspiración bíblica al poner al lado de ella el estro gentilico y vuelo pindárico! Analicemos estas lecciones del rezo en aquella fiesta.

La Virgen María retirada en el modesto gabinete de su pobre y humilde casa en Nazareth, vive allí como la flor del campo, y como el lirio de los remotos valles, que embalsama las florestas no frecuentadas por el hombre (1). ¡Para quién lo ha criado Dios? ¡Acaso sabrán apreciar su grato aroma las avecillas del cielo, únicas que lo disfrutan? Desvanécese en las auras donde parece que se esparce para el Supremo Hacedor, que mandó á la naturaleza lo criase para Él, para Él solo. El hombre que pasa por allí cerca siente apenas aquel perfume que lo reanima por un momento: tiende la vista y no divisa la flor que lo exhala; aspira para volver á disfrutarlo, y nada siente, porque Dios dispone de él y lo envía á donde le place; y ella entre tanto, erguida sobre su tallo y acariciada por las brisas de la tarde, dice á las flores que se secan en ricos búcaros en la pesada atmósfera de los salones:— «¿De qué os sirve ese cuidado pasajero y vuestra lozania artificial y estudiada por el jardinero que os coloca, amañadamente? Vosotras sois esclavas, yo soy libre. Os han arrancado de vuestro tallo, estais atadas, amarradas unas con otras: vuestro aroma hace la atmósfera aun más pesada, producís vértigos, podeis asfixiar á la joven incanta que os deje junto á su lecho. Hoy os miran, os sonrien; mañana os arrojan con desprecio entre la basura de la casa. Yo soy la flor del campo y el lirio de los vallecitos: estoy rodeada de espinas, no llegará á mí la mano del hombre, ni aun posará sobre mí una mirada impura: sencilla, feliz, tranquila, escondida, libre, no llegará á mí el hierro, moriré sobre la tierra que me vió nacer, y al caer mi corola marchita sobre el tallo que la sustentaba, todavía daré olor de suavidad, todavía me buscarán para remediar los males, para dar salud á los débiles, para servir de medicina.»

Y á esta frase de la Virgen, flor de los campos, responde desde el cielo el Espíritu Santo, su divino Esposo:— «Como lirio guardado entre espinas, así es mi amiga entre las tiernas adolescentes.»

— «Como manzana que envidiaría el oro, responde la Virgen de Nazareth, así brilla mi amado entre los mancebos. Sentéme á la sombra de aquel por quien anhelaba mi alma y cuán grato es para mi paladar su sazonado fruto (2).»

En la segunda lección la Virgen Santísima oye la voz de la caridad ya ordenada

(1) La lección primera está tomada del Cantar de los Cantares:

«Ego flos campi et lilium convallium. Sicut lilium inter spinas sic amica mea inter filias.»

No cabe suponer que la Iglesia haya escogido estos versículos al azar, y sin darles alguna aplicación á la festividad del día.

(2) «Sub umbra illius quem desideraveram sedi, et fructus ejus dulcis gutturi meo.»

en ella, que le aconseja marchar á visitar á su Santa prima (1).— «Levántate, aprósrate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven, que ya ha pasado el invierno y está lejos la helada escarcha. Ya comienzan á brotar las flores y se acerca el tiempo de la poda. Ya se oye por nuestra tierra el blando arrullo de la tórtola.»

Al pasar la bellísima y virginal doncella por las aldeas, camino de Jerusalem y de Ain, al verla tan linda y tan modesta, los jóvenes se preguntan unos á otros:— «¿Quién será esa niña que marcha majestuosa como el sol que sube al zenit, llena de gracias y bellezas como Jerusalem, la capital de nuestra tierra, símbolo de mejor Jerusalem?» Mas al ver entrar por sus puertas las hijas de Sion á la joven alumna del templo, á la bella *halma* que de allí saliera años ántes, más desarrollada en su exterior, exclaman á porfía:— «¡Dichosa de tí!» y ellas no saben que lo mismo la llamó un Ángel pocos días ántes, y las más principales la alabarán á porfía y sin envidia, porque su presencia no suscita, no puede suscitar ninguna pasión baja.

En la lección tercera se deja oír la voz de Santa Isabel que llama á su Prima:— «Levántate, amiga mía, hermosa mía, date prisa á venir: llega, paloma mía, que anidas en los agujeros de la montaña de Nazareth, en las hendeduras de la roca (2). Vea yo tu rostro, llegue ya tu voz á mis oídos, porque tu voz es dulce y melodiosa y tu rostro lleno de gracia y compostura (3).»

La Virgen, purísima y modesta siempre, responde desde su corazón á estos elogios santos pero humanos:— «Mi amado es para mí y yo soy únicamente para Él; pues á los que amo los quiero en Él y por Él. Si yo soy lirio de los valles, también soy para el que se apacienta entre los lirios y voy á ser para él mientras dure la vida del Redentor del mundo que traigo en mi seno y hasta que caigan las sombras de la muerte.»

La Santa Iglesia concluye esta escena tiernísima con las palabras de Santa Isabel bendiciendo á la Virgen. Mas luego en el segundo nocturno introduce á San Juan Crisóstomo hablando á nombre de la Iglesia oriental, y tomando la palabra en nombre de San Juan Bautista, pone en su boca estas frases:

«Voy á salir de este oscuro tabernáculo para proclamar el conocimiento abreviado de todas las maravillas. Puesto que soy señal, voy á señalar el advenimiento de Cristo. Puesto que soy clarín, voy á pregonar la gracia del Hijo de Dios encarnado (3).»

«Pero dínos, Juan, pregunta á nombre de la Iglesia, ¿cómo es eso de que ves y oyes estando en el tenebroso albergue del útero materno? ¿Cómo es que contemplas las cosas divinas? ¿Cómo es que saltas y te regocijas (3)?»

(1) «Vox dilecti mei, ecce iste venit saliens in montibus, transiliens colles: similis est dilectus meus capreae, hinnuloque cervorum.» (Lección segunda.)

(2) «Surgeo amica mea, speciosa mea, et veni: columba mea in furamentibus petrae.» (Lección tercera.)

(3) «Ostende mihi faciem tuam, sonet vox tua in auribus meis: vox enim tua dulcis et facies tua decora.»

(4) «Video Dominum qui naturae imposuit terminos, et non expecto tempus nascendi..... Egrediar ex hoc tenebroso tabernaculo, rerum admirabilium compendiosam praedicationem cognitionem. Sum signum: significabo Christi adventum. Sub tuba: proferam Filii Dei in carne dispensationem.....» (Lección cuarta en los Maitines del día 2 de Julio.)

(5) «Sed dic nobis, Joannes, cum adhuc in tenebroso matris utero continearis, quomodo intuis et audis? quomodo res divinas contemplaris? quomodo exilis et exultas?» (Lección sexta.)

«Eso, responde el Bautista, encierra un gran misterio: es una cosa á que no alcanza la inteligencia humana. Justamente hago una novedad en la naturaleza, en obsequio de Aquel que viene á innovar las cosas que son sobre las fuerzas de la naturaleza. Aunque estoy en el útero materno, veo desde él al que siendo sol de justicia, está, sin embargo, encerrado como yo en el útero materno. Oigo, porque voy á nacer como voz del Verbo altísimo.»

En ese mismo tono continúa amplificando todo lo relativo al júbilo precoz y prematural de San Juan Bautista, al oír la voz de su Santísima tía, y sentir el sobrenatural influjo de la presencia del Salvador que con ella entraba por las puertas de su casa.

## XX.

## EL CÁNTICO DE MARÍA.

*Magnificat anima mea Dominum:  
et exultabit spiritus meus in Deo salutari meo.*

Pero nada de todo ello alcanza, ni con mucho, al cántico sublime, magnífico, divino de la Santísima Virgen. Ni el cántico de María, la hermana de Moisés y Aaron, lleno de energía, vigor y éntonación grandilocuente, ni ménos el de Judit, que no alcanza en mérito literario y poético ni aun al de esta, ni el de Débora, todavía inferior al de Judit, pueden compararse con la suavidad extática y dulcísima del *Magnificat*, ni las declamaciones que pone el gran Crisóstomo en boca de San Juan Bautista, y se acaban de consignar, ni el cántico de bendición en que prorrumpe Zacarías, el padre de éste, al recobrar el habla (1), lleno de esperanzas, reconocimiento y asombro, ni la breve exclamación gratulatoria de Simeon que respira el cansancio de la ancianidad, la mórbida languidez del hombre de bien abrumado en años y desengaños, y la gratitud al ver satisfecho el anhelo de toda la vida por el bien de su patria y la restauración del linaje humano.

Así como las virtudes de María están muy por encima de las de todos estos personajes, así su canto es superior á los de todos ellos, como expresión de lo que contiene la interior altísima perfección de la criatura más perfecta entre las más perfectas. La primera mirada es para Dios, norte de su vida, estrella á la que siempre

(1) El cántico de Zacarías es el que llamamos *Benedictus*: el de Simeon *Nunc dimittis* que dice la Iglesia al fin del *reso completorio* ó sea las *Completas*.

El cántico de Débora principia con las palabras *Audite reges (Reyes, escuchad)*, pues los dos que le preceden (capítulo 5.º de los Jueces, vers. 1.º y 2.º), son un preludio de la composición y para el canto.

Lo mismo sucede con el de Judit, que principia con las palabras: *Dominus conterens bella* (El Señor que abate los bélicos furios.) Los dos versículos precedentes en el capítulo 16 y último de Judit son la preparación del canto.

fija su vista: la segunda es para mirarse á sí misma y considerar su inferioridad y bajeza respecto de Dios. En las dos primeras estrofas está contenido el sublime pensamiento del amoroso San Francisco: *¡Quién sois vos y quién soy yo!* La filosofía de la humildad católica contrapuesta á la filosofía orgullosa del yo moderno, de la egolatría y antropolatría, el culto de la humanidad terrestre sustituido al amor Divino.

«1.º Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador.»

Principia por la acción de gracias que da á Dios con toda su alma, y luego motiva esta gratitud en la alegría que ha sentido su espíritu por las demas gracias de que ha tenido á bien colmarla el Altísimo, el cual no solamente la preservó del pecado original, sino que la presantificó y confirmó en gracia, haciéndola impecable y asegurando su bienaventuranza y salvación eterna, añadiendo á estos favores otros que no ignoraba la santa esposa del sacerdote Zacarías, y el último que acababa de conocer, al revelársele el gran misterio de la milagrosa concepción de Jesús. Así en una sola estrofa de dos versos abraza lo pasado de las gracias recibidas, el presente de las gracias que da á Dios, el futuro de su bienaventuranza asegurada (1), puesto que motiva esto el saludo de María á Santa Isabel, diciéndola, según la fórmula usual y corriente de la cortesía oriental: *La paz sea contigo* (2), á la cual salutación contesta la dueña de la casa llamándola: *Bienaventurada entre todas las mujeres*, por la bendición que Dios le ha dado y por el fruto de su vientre. Por eso dice San Ligorio que la fiesta de la Visitación se llama comunmente la festividad de *Nuestra Señora de las Gracias* (3).

El estro de la poesía hebrea, como la de algunos otros pueblos orientales, consiste en aducir un pensamiento enérgico reducido á una forma muy breve y concisa, sin una palabra redundante, al cual sigue otro pensamiento con la misma idea, pero reduplicando y ampliando el anterior. Eso hace la Virgen en esa primera estrofa de su cántico; á Dios se refiere el primer concepto de presente, y á Dios se refiere el segundo, aludiendo á *las gracias* por las cuales *le da gracias*.

«2.º Pues que se dignó fijar su mirada en la humildad de su sierva, por esa razón me llamarán bienaventurada todas las generaciones venideras.»

Otros dos pensamientos en armonía completa con los dos de la estrofa anterior. Ha principiado su cántico con una palabra altisonante *¡Magnificat!* (*engrandece*). La palabra ha hecho fortuna: ha pasado de tercera persona del verbo *magnificare* á ser nombre sustantivo propio é independiente, y decimos *el Magnificat*. Pero esta palabra grandilocuente parece que la arrancan de su boca la verdad y el entu-

(1) *Beatam me dicant omnes generationes.*

(2) Jesucristo usaba esta fórmula que aun se conserva en muchos pueblos de Oriente. Al aparecerse á sus discípulos despues de la Resurrección les saluda diciendo: *Pax vobis*; fórmula que usan los señores Obispos en la Misa la primera vez que se vuelven al pueblo para saludarle.

«La paz sea en esta casa» (*pax huic domini*) es la fórmula que dá Jesús á sus Apóstoles al entrar en una casa, y el mismo Jesús la dice á los enfermos por boca del Sacerdote, al llegar á ellos por vía de Viático.

(3) Las glorias de María: discurso y sobre la Visitación: pág. 340 de la edición de Barcelona de 1870.

Es uno de los más bellos de aquel libro y lleno de erudición ascética y piadosa. Entre los muchos textos de Santos Padres, está el siguiente de San Ildefonso: *Omnia bona quae illis summa majestas decrevit facere, tuis manibus decrevit commendare.*

siasmo á despecho de su gran modestia; mas en seguida la humildad, siempre tierna, siempre tímida, se alarma, y asoma pudorosa, velados sus párpados y apareciendo la sonrosada modestia en sus mejillas, cual si quisiera recoger lo dicho, como si acaso se hubiera excedido en algo, como se alarmó al oír los elogios del Arcángel. ¡*Engrandecer!* Ella tan pequeña, ¡cómo ha de hacer nada grande! ¿Puede el débil hacer actos de valor, energía y fortaleza?

Por eso se apresura á manifestar desde luego en la segunda estrofa, que ese engrandecimiento y los actos que de él se derivan no son suyos, sino de Dios que los obra en ella y por medio de ella, porque el Señor se ha dignado en su misericordia y bondad infinita mirar la pequeñez, humildad y aun bajeza de ella á su juicio, pues no se tiene por Señora, aunque el Espíritu Santo la ha sublimado á ser su Esposa, y el Verbo encarnado á los honores de la más santa, pura y sublime maternidad; y con todo se tiene por sierva y se apellida así *esclava*, aun ménos que doncella, criada, ó sirviente (*ancilla*).

Es verdad que pocos días há la llamó el Angel *llena de gracia*, morada favorita del Altísimo, y *¡bendita entre todas las mujeres!* Es verdad que Santa Isabel repite idénticas palabras que el Angel, llamándola otra vez *¡bendita entre todas las mujeres!* Es verdad que ella, rindiendo homenaje á la justicia y certeza, y compeliendo de santo entusiasmo, tiene que decir proféticamente, «que todas las generaciones la llamarán bendita y bienaventurada,» pero ella ante todo es humilde, no cede esta virtud por otra alguna; así que para practicar la humildad y enseñarla al ostentar magnificencia, alega que el Señor se ha prendado de ella por su humildad y á pesar de su humildad, que en boca de ella no es la virtud de la santa humildad sino la bajeza real y efectiva de una pobre criatura humana, que parece querer luchar con Dios á rebajarse ella, tanto, cuanto Dios omnipotente quiere realzarla á despecho suyo, aceptando ella las gracias y conformándose con la voluntad Divina, pero de tal manera que, si pudiera prescindir de esta y Dios le diera á elegir, se quedara sin los favores á trueque de ser más humilde, resignándose á tomarlos por ser la voluntad de Dios, y porque Dios sea honrado en su criatura. ¡Humilde violeta, escondida en el suelo entre otras varias plantas bajas y parásitas, tu olor suavísimo te hace traición! En vano te ocultas, tu aroma sirve de guía para buscarte, y, cortada de tu débil tallo por bellísima y cariñosa mano, eres colocada en rico búcaro, y en el paraje preferente de un elegante gabinete, y allí en medio de aquella magnificencia, echas de ménos tu pobre prado y las holladas é inodoras compañeras de tu vida oculta é ignorada!

«3º Porque hizo en mí grandes cosas el que puede hacerlo (1) y sea santo su nombre.»

Reduplica lo dicho en las dos estrofas anteriores. Si engrandece su alma al Señor y le glorifica, es porque el Señor mismo ha hecho en ella grandes cosas que ella sabe, pero que se guarda bien de publicar: «Mi secreto para mí,» como decía San Bernardo (2). Y si el Señor ha hecho en mí cosas grandes y me ha engrandecido, siendo yo tan pequeña, no es de extrañar que yo también le engrandezca, conforme

(1) Se me figura que quita fuerza á la frase el traducir las palabras *qui potens est* diciendo *el que es poderoso*. Por ese motivo se ha traducido *el que puede hacerlo*, en lo cual se sobrentiende el *Omnipotente*.

(2) *Secretum meum mihi*: es frase muy vulgar y conocida entre los místicos.

á mis deseos y conforme á los medios que Él mismo me da, porque Él es, no como quiera poderoso, sino omnipotente. Él ha querido hacerlo y lo ha hecho, porque en su omnipotencia el querer es hacer, y todo un acto puro y simplicísimo. Y ¿cómo había de oponerme á su voluntad omnipotente ni luchar con Él, cuando mi voluntad es la suya y yo no quiero sino lo que Él quiere? Y Él no quiere sino lo que es bueno, santo, generoso, noble, puro, sublime, verdadero y digno, aunque la ruindad humana no siempre lo alcance á comprender así. Bendito sea el que es santo en todo, santó en sus obras, santo en su nombre y santo por excelencia.

«4º Y su misericordia se extiende de generacion en generacion para bien de los que le temen.»

Pero esa omnipotencia va acompañada de la justicia y justicia eterna, y de la santa misericordia. Omnipotencia, omnisciencia, justicia y misericordia, eternidad, inmensidad, verdad absoluta, belleza típica y todos los demas atributos de la esencia Divina son una misma cosa, un mismo acto purísimo y simplicísimo (1), aunque la debilidad de la comprension humana los mire como diferentes. Distintos son sus actos, pero ellos no son diversos. Tememos la justicia, pero la acatamos: pedimos la misericordia y la bendecimos. Por eso habla de la misericordia ántes que de todo, y de misericordia para los que temen su santa y rectísima justicia. Pero ¿con qué temor?

—No con el temor de los siervos á quienes amedrentan la pena, los azotes y el castigo, sino el santo temor filial, el temor del amor, á quien no duele el castigo sino la ofensa de la persona amada, aquel temor santo y sublime que es principio, no de la ciencia, sino de la *sabiduría*, que es mas que la *ciencia* y que todas las ciencias reunidas (2).

«5º Esforzó el poderío de su brazo, y desbarató los conatos que abrigaban los soberbios en su corazón.»

Después de hablar del santo temor de Dios y de la misericordia que usa con los justos y sencillos, pasa á exponer los actos de su justicia contra los soberbios, haciendo alarde de su Omnipotencia significada metafóricamente por el brazo. *Hizo poder en su brazo* tendríamos que traducir literalmente, y las traducciones de esta frase al castellano varían mucho. ¿Quiénes son los soberbios aludidos aquí por la humildísima Virgen? ¿Aludirá á tiempos remotos, á los soberbios que dominaban por entónces, ora entre los paganos, ora entre los Israelitas? En verdad que parece esto segundo lo más probable. Jesucristo, Dios y Hombre, se ha encarnado en su seno, buscando por Madre la pobre mujer de un humilde artesano, allá en Galilea, rincón de Palestina, en Nazareth, rincón de Galilea. No ha ido á buscar Madre en Roma, ni en el palacio de Augusto, ni aun en Jerusalem y en los alcázares de Sion, en donde residen los orgullosos Escribas engreídos con su saber, que enseñan y no practican lo que enseñan, que dirigen á otros y tuercen lo suyo. Tampoco ha entrado en las ostentosas de los opulentos Fariseos, que aparentan virtudes que no tienen, que viven cómodamente fingiendo austeridad y ayunos, haciendo servir la religion para fines políticos y para allegar riquezas: ni ménos alterna con los Herodianos indiferentistas en religion, aduladores corrompidos, ateos prácticos, ava-

(1) *In Deo omnia (attributa) sunt unum et idem, ubi non mediatur relationis oppositio*: es axioma teológico.

(2) *Initium sapientiae timor Domini*.

ros y glotonos, enemigos de la independencia de su patria, estafadores de los Israelitas para congraciarse con los Romanos y con el tirano que habian impuesto al pueblo de Dios, robándole su libertad con malas artes, como la habian robado tambien por entónces á la noble raza Ibérica, tambien monoteista en su mayor parte, como los buenos Israelitas.

Es verdad que todos ellos, todos los soberbios, lo mismo los Romanos que los Herodianos; los triunfadores tiranos que los servidores bajos y cortesanos del despotismo; lo mismo los Fariseos que los Escribas, los poderosos del dinero y los orgullosos del saber humano, hipócritas de virtudes, están ya juzgados á los ojos de Dios, que habla por boca de su Santa Madre, y ésta preludea los anatemas, que un día lanzarán contra ellos los niños que aun no han nacido: hijo el uno de la que canta arrobada en santo éxtasis, y el otro de la que escucha absorta en no ménos santo arrobamiento. Para Dios no hay futuro; lo que ha de suceder está ya sucediendo. María escucha la voz del que salta en el vientre de Santa Isabel, el cual gritará dentro de poco á esos soberbios: «Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado á huir de la ira que viene sobre vosotros?... ya está la seguir al pié del árbol;» frases que repetirá el Hijo-Dios, casi con las mismas palabras y más de una vez.

En vano es que oculten en lo interior de su corazón esos deseos infames y sus arterías: Dios lee en el interior de los corazones: la hipocresía que no engaña á los discretos, ¿cómo le engañará á Él? No será de los soberbios y orgullosos de donde salga el Mesías, ni serán ellos los que aprovechen su dominación. Ellos esperan un Rey helicoso como David, magnífico y brillante como Salomon, y no recuerdan que un profeta les dice:—«Mira tu Rey, que viene hácia tí lleno de mansedumbres» (1).

6° «A los poderosos abatió de su asiento, y ensalzó á los humildes.»

La idea del ensalzamiento de los humildes y del abatimiento de los poderosos que abusan de su poderío se hallaba arraigada entre los Israelitas, y la consignan el libro de Judit y varios pasajes de los Salmos; pero nadie podía preconizarla como la Virgen María. Ninguna criatura tan perfecta como ella, y con todo ninguna tan humilde, y en su humildad habia sido ensalzada al asiento de gloria más sublime á que ha llegado ni llegará ninguna criatura, ni los Arcángeles, ni los Tronos, ni los Serafines. Y cuántas otras Princesas ricas y poderosas en Israel y llenas de orgullo y de soberbia se habrian creído dignas de la gloria de ser madres del Mesías! Mas el Señor que no se pára en exterioridades y para quien el oro codiciado por el hombre no es más que barro despreciable, vió corrompido el corazón de ellas, volvió su rostro á otra parte, y buscó la modesta doncella rica en tesoros de humildad y gracia.

7° «A los hambrientos colmó de bienes, y á los ricos envió de vacío.»

Preludia aquí la Virgen María el sermón de la montaña, con las bienaventuranzas que habia de predicar su Hijo algún día, cambiando radicalmente las ideas del mundo. Pone éste la felicidad en las riquezas y el dinero; con él se compran todos los placeres, y la felicidad mundanal consiste en gozarlos. Antes de que naciera Epicuro habian existido en el mundo millones de epicúreos, como los ha habido,

(1) *Eccæ Rex tuus veniet tibi justus et Salvator ipse pauper et ascendens super asinum.*

El Profeta Zacarías, cap. IX, vers. 9. En el Evangelio de San Mateo (21, vers. 5), al aludir á este pasaje en la entrada de Jesucristo en Jerusalem, se dice: *Eccæ Rex tuus venit tibi mansuetus.*

los hay y los habrá siempre, aunque no lleven ese nombre, ni profesen sus doctrinas. La filosofía de ese positivismo sensualista se reduce á una fórmula—la felicidad consiste en gozar y satisfacer todos los apetitos: la puerta que abre ese cielo es el dinero: la felicidad, por tanto, consiste en el dinero y en ser ricos: ¡el cielo es para los ricos!

Contra esta filosofía de entónces y de ahora dice Jesucristo:—«Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos se hallarán satisfechos.....»

María toma esta idea, y en su éxtasis lo ve cumplido ya. Jesús anuncia á sus discípulos que la felicidad no está en los goces terrenos: llama felices á los que serán pobres, pero pobres de espíritu; llama felices á los que tendrán hambre, pero hambre y sed de justicia. La pobreza á la fuerza y mal llevada no es la pobreza de que habla Jesucristo, ni el hambre despechada y envidiosa del mendigo holgazán: es otra pobreza, es otra el hambre de que habla en su Evangelio y en sus Bienaventuranzas, y tambien María que la conoce, practica, aprecia, y prefiere la pobreza voluntaria, generosa, laboriosa, humilde, resignada, risueña, limpia, aseada y contenta con la voluntad de Dios. Ella, descendiente de Reyes y de sacerdotal familia, criada en el templo, es mujer de un pobre carpintero, y cuando el Ángel le anuncia la mayor gloria para una mujer, lo que no han logrado las Princesas más bellas y más ricas del mundo, á pesar de sus anhelos, y la mayor felicidad que puede haber en la tierra, solamente ha encontrado una palabra para abatirse:—«Hé aquí la sierva, la esclava del Señor.»

Por eso entona en su cántico sublime los loores de la pobreza santa, de la abnegación, de la privación de goces y placeres terrenales simbolizada en la parsimonia, el ayuno y el hambre, y compendia las bienaventuranzas como ya cumplidas, como realizándose en ella.—«¡A los hambrientos colmó de bienes!» Pero no temporales, sino espirituales; no caducos y pasajeros, sino verdaderos y seguros, de aquellos bienes inefables que preparó Dios á los que le aman de veras; que ni el entendimiento puede comprender, ni la frase humana expresar, aun vistos en enigma y como reflejados en espejo (1). Todo esto y mucho más se compendia en esa frase al parecer tan sencilla:—«A los hambrientos colmó de bienes, á los ricos envió de vacío.»

8° «Acogió á Israel su siervo acordándose de su misericordia, como lo habia dicho á nuestros Padres, á Abraham y á sus descendientes para siempre.»

Este es el epílogo de su cántico.

Las profecías y las promesas quedan cumplidas. Ya ha nacido la mujer que ha de aplastar la cabeza de la serpiente, y la simiente de esta mujer, su Hijo, el Redentor y el Mesías está engendrado. Se va á predicar en breve la buena nueva, el Evangelio, y comenzar la Iglesia Cristiana que ha de durar por los siglos de los siglos, aun despues del fin del mundo, pues cuando falte la militante en la tierra

(1) *Oculus non vidit nec auris audivit, como decia San Pablo, quæ præparavit Deus iis qui diligunt eum.* (Epístola 1ª, á los de Corinto, cap. II.)

Y en otro pasaje dice: *Videmus nunc per speculum in ænigma* (1ª á los de Corinto cap. XIII vers. 12.)

y, cerrado el purgatorio, pasen todos sus moradores á la gloria, quedará la Iglesia triunfante por toda eternidad en la vision beatífica del sumo Bien y la divina Belleza. Así que María en este versículo compendia toda la historia sagrada; la promesa á los primeros Padres, reiterada á Abraham, en cuya descendencia se concreta ya la venida del Mesías, para lo cual su familia se propagará de modo que forme un pueblo fiel y escogido, que adore á Dios único y verdadero y sea depositario de la revelación y de la tradición; el cumplimiento de esta promesa y de las revelaciones, en su persona, la cual ha sido elegida para ello en la descendencia de Abraham, como Abraham fué elegido entre todos los que en su tiempo poblaban la tierra, y esta promesa hecha á Adán, concretada en Abraham, y cumplida ya á la sazón en María, durará lo que la Iglesia Santa, por toda una eternidad. Abraza, pues, ése breve epílogo el pretérito remoto, el próximo, el presente y el porvenir.

Respira el conjunto de este cántico una suavidad, una gratitud, una sencillez, una bondadosa dulzura, un amor ardiente de Dios, que no se halla en ningún otro. Desde el primer versículo al último, María tiene los ojos fijos en Dios: de Dios habla en el primero cuando *magnífica* al Señor, no con los labios, sino con el alma (*Magnificat anima mea Dominum*); en Él los tiene fijos cuando habla de sí, como de priesa, como de corrida, y eso para humillarse, reconociendo que todo se debe á Dios y nada á ella: en Él los tiene fijos al recordar su omnipotencia, su misericordia, su justicia y su bondad: en Él los tiene, finalmente, cuando recuerda el cumplimiento de las promesas. Hay el más puro y santo erotismo, el sentimiento verdaderamente estético, que se deriva de la unidad, y unidad ideal, de pensamiento, de contexto, de expresión, referido al ideal del *bello ideal*, que es Dios y nada más que Dios. Porque, á la verdad, ¿qué es el hombre respecto de la naturaleza que le supera, le arrastra, le aniquila? ¿Y qué la naturaleza, órden de Dios en lo criado, sin el cual ni existe ni existiera?

Tal es la síntesis del cántico *Magnificat*, despues de haber hecho su análisis parte por parte, verso por verso.

María tiene que figurar la primera entre las mujeres inspiradas y entre las poetisas. Safo y otras poetisas paganas habian cantado el amor humano, sensual, á veces y por mejor decir, la mera lascivia, que toma siniestramente el nombre de *amor*. María no canta ni la victoria, ni la independencia, ni la libertad, ni el patriotismo, ni la fecundidad tardía y agradecida, sino á Dios, la grandeza de Dios, el amor á Dios y el amor de Dios, y enseña á cantarlo á los vates cristianos desde San Juan Evangelista hasta Santa Teresa de Jesus y San Juan de la Cruz, y los que ántes y despues de estos cantaron y cantarán el amor Divino en nuestra patria y fuera de ella.

## XXI

## NACIMIENTO DEL BAUTISTA: REGRESO Á NAZARETH.

*Mansit autem Maria cum illa quasi mensibus tribus,  
et reversa est in domum suam.  
Elisabeth autem impletum est tempus parienti,  
et peperit filium.* (San Lúcas, cap. 1.º, vers. 56 y 57.)

¿Asistió María al parto de Santa Isabel y nacimiento del Bautista? La narración de San Lúcas parece indicar que no. «María permaneció con Santa Isabel como unos tres meses y se volvió á su casa. Mas á Elisabet le llegó el tiempo de parir y dió á luz á su hijo.» Pasa en seguida á referir los prodigios que ocurrieron en el nacimiento del Bautista, la recuperacion del habla por San Zacarías, el precioso cántico de éste (*Benedictus*) y el pasmo que produjo en las montañas de Judea este conjunto de maravillas. Fundados en el contexto de la narración de San Lúcas, muchos historiadores de la Virgen suponen que no se halló en el parto. Lo contrario parece más verosímil. Orsini, que aborda esta cuestión, dice así: «No se sabe de un modo preciso si la Madre de Dios asistió al parto de Elisabet. Orígenes, San Ambrosio y otros graves autores, así antiguos como recientes, se declaran por la afirmativa, y esta opinion es la más verosímil, porque hubiera sido muy extraordinario que María, despues de haber pasado tanto tiempo en casa de su parienta, la dejase bruscamente en la hora del peligro y sin algun motivo razonable que justificase una marcha tan intempestiva como precipitada.

«Los teólogos que han abrazado la opinion contraria á la de Orígenes y San Ambrosio, se apoyan principalmente en el pasaje de San Lúcas, que no habla del parto de Santa Isabel sino despues de haber consignado el regreso de la Virgen á Galilea. Nos ha parecido que esto merecía la pena de mirarlo bien, y, en efecto, examinado escrupulosamente su Evangelio, nos hemos convencido, salvo error, de que esa razon ne es concluyente; porque San Lúcas suele hacer esas trasposiciones, de lo que se pueden citar otros dos ejemplos análogos. Despues de haber narrado la predicación de San Juan Bautista y anunciado su prision, habla en el versículo siguiente del bautismo de Jesucristo, suceso que indudablemente tuvo lugar ántes de la prision del Bautista. Refiriendo la adoración de los pastores, San Lúcas se extiende sobre la narración maravillosa que hicieron de su ida á la gruta de Belén y del asombro que esto causó á todos los que lo oyeron; despues de lo cual vuelve la narración á tratar de la escena suspendida de la adoración, y cuenta que los pastores se marcharon del establo. Hé aquí lo que nos ha hecho adoptar la opinion de San Ambrosio, cuya probabilidad salta á primera vista.» Estas razo-

nes muy eficaces y la poderosa autoridad de San Ambrosio me hacen creer sin vacilacion que la Santa Virgen no abandonó á su prima en los momentos de su parto.

Pero los autores que opinan de otro modo, además de tener en cuenta el método que emplea San Lucas para narrar el regreso de la Virgen á su casa, alegan razones de decoro para motivar que María se retirase de casa de Santa Isabel ántes del parto de ésta. Dícese que las doncellas no asistian á los partos. Esto parece muy regular, pero María era casada: su virginidad era un secreto; y es más, ella estaba en cinta y dentro de pocos meses habia tambien de parir. Alegan tambien los hábitos de retiro de la Virgen y su afición á la soledad, para inferir que la Santísima Virgen, poco aficionada á fiestas y bullicios, procuraria huir de ellos, «cual tierna paloma espantada,» segun la frase del mismo Orsini. Por esa cuenta tampoco debia haber asistido á las bodas de Caná, y ello es que asistió con su Divino Hijo. Tiene, pues, razon Orsini para concluir diciendo, que «María pudo conciliar su poca inclinacion al mundo con aquel sentimiento exquisito de delicadeza que le atribuyen los Santos Padres: debió, pues, permanecer bajo el techo sacerdotal de Zacarías hasta que su santa esposa estuviera fuera de peligro, y en seguida, huyendo de la admiracion, que nunca dejaba de excitar, dejó las montañas de la Judea, despues de haber abrazado y bendecido al nuevo Elías.»

La opinion de que María asistió al parto de Santa Isabel se halla tan generalizada en España, que sería fácil citar los retablos de muchas iglesias en que se representa el nacimiento del Santo Precursor de Cristo, en todos los cuales constantemente los artistas ponen en los cuadros y relieves á San Juan Bautista en los brazos de su Santa tia. No es fuerte este argumento para probar la exactitud del hecho, pero lo es para manifestar la general y tradicional creencia de que así pasó.

## XXII

## VIAJE Á BELEN.

*Ascendit autem et Joseph á Galilaea de civitate Nazareth in Judaeam in civitatem David, quae vocatur Bethlehém, eo quod esset de domo et familia David, ut proficeretur cum María desponsata sibi uxore praegunte. (San Lucas, cap. 2.º)*

Cerca de medio año habia trascurrido desde el regreso de María á Nazareth y el restablecimiento de la tranquilidad en el casto pecho de su santo Esposo, cuando un acontecimiento político vino á turbar el orden doméstico de aquella pobre vivienda, ya que no la paz inalterable entre los santos esposos. Acercábase el tiempo en que á estos se agregara la tercera entidad que viene á constituir lo que se

llama *familia*, segun el mandato Divino de crecer y multiplicarse, viniendo el hijo á completarla en esa asimilacion de esta sociedad formada por Dios á imagen de su Trinidad Santísima, en cuanto puede asimilarse lo humano á lo divino, lo inferior é imperfecto á lo perfectísimo y supremo, y en esta familia Santa y Santísima, modelo de las familias cristianas, era una Persona de la Trinidad Santísima la que venia á completarla sobrenatural y completamente, haciendo de hijo de José y siéndolo de María el que era desde la eternidad hijo del Eterno Padre, el Verbo.

Pero el Redentor del mundo debia nacer en Belén. La Escritura Santa lo advertia así bien claramente, y María versadísima en su estudio no lo ignoraba. Mas ella vivia en Nazareth. ¿Faltaría lo que habia anunciado el Profeta? ¿Habria mudado sus decretos el Altísimo? ¿Se deberian entender en sentido figurado aquellas palabras de que saldria de Belén, la pequeña ciudad Efratea, el que habia de ser dominador de Israel, y cuya salida desde la eternidad era esperada por todos los que sabian la promesa de la venida de un Redentor? Motivo habia para dudas y cavilaciones; pero María ni duda, ni vacila, ni se preocupa con esta ardua cuestion. Ella no habia deseado ni pedido el ser Madre de Dios: en su profunda humildad ni podia ocurrírsele que fuera la elegida para tan altísima dignidad. Obra era de Dios la encarnacion milagrosa, palabra era de Dios la profecía, á Dios correspondia solamente poner de acuerdo su palabra con su obra, y á ella dejarse llevar de su voluntad santísima, cual nave que va á entrar en el puerto impelida por la marea y las suaves brisas que hinchen sus velas por la popa.

Los momentos se acercan: el modesto equipo del recién nacido está ya preparado por las santas y virginales manos de María. ¿Cuántas lágrimas silenciosas habrian caído sobre aquellos pobres panales, al considerar la discreta y purísima doncella la pobreza de las telas que habian de envolver al Hijo de Dios! Pero su fortuna temporal no alcanzaba á más, y si el Mesias habia de preferir la pobreza y la penuria al fausto y la opulencia, al oro y á las riquezas de la tierra, ¿sería ella quien modificase los decretos del Hijo de Dios é hijo suyo, buscando para Él lo que Él desprecia? Para quien crió el oro y el barro ó formó aquel de este, ¿será más el barro que el metal luciente y codiciado? Pero ella es Madre, y como tal quisiera para el Hijo de sus entrañas todas las comodidades, todos los regalos, todo el bienestar, que una buena Madre anhela siempre para su Hijo.

De pronto resuena en el rincón de Galilea, donde está Nazareth, una noticia extraña que, anunciada á voz de pregonero y de orden de las autoridades, cunde por el pueblo y llega á los oídos de los castos esposos. El Emperador de Roma César Augusto, ha mandado hacer un empadronamiento general, y el prefecto Cirino, que manda á la sazón en Palestina, quiere que se haga, no solamente por capitacion y vecindad, sino además teniendo en cuenta el origen troncal y procedencia de familia, cosa muy sabida y respetada entre los Israelitas, que por su ley tenian en mucho la razon de troncalidad y abolengo.

No eran los Israelitas muy aficionados á tales empadronamientos, pues para las peleas fiaban más en la favor de Dios que en la fuerza de la multitud, y para la produccion esperaban más de la bendicion del cielo que de la fertilidad de sus terrenos. David habia mandado hacer un empadronamiento general y en vano se lo habia vituperado Joab, su general y ministro, conociendo bien que en ello habia un arrebato de orgullo. Dios castigó aquella medida política de David, al parecer